



La hora de España

Una afirmación liberal conservadora

VARIOS AUTORES
(COORDINADORES:
JOSÉ MARÍA MARCO
• **JORGE MARTÍN FRÍAS**)

Ediciones Deusto (Planeta de Libros).
Barcelona, 2020. 256 páginas.

El profesor José María Marco y el consultor Jorge Martín Frías han coordinado un libro plural con un objetivo ímprobo: reivindicar el liberalismo conservador en los tiempos que corren. Con el fin de racionalizar un libro que cuenta

con tantos autores, los coordinadores lo dividen en cuatro partes. La primera hace referencia a la cultura, la segunda a la política, la tercera a la economía y, finalmente, una última dedicada a Europa y la Unión Europea.

Antes de repasar algunas de sus principales virtudes, conviene señalar que en él se encuentra el último texto publicado por el recientemente fallecido José Jiménez Lozano (premio Cervantes en el año 2002), donde este relata brevemente algunos de los condicionantes que han permitido el desarrollo y la extensión de la libertad civil en Occidente.

Sin embargo, un libro tan plural y que será del gusto de aquellos interesados en el mundo del análisis y la reflexión política, cuenta en su interior con una multiplicidad de enfoques que abarcan desde el empirismo político de Eduardo Fernández Luján a textos

teóricamente más densos como los de Guillermo Graño o José María Marco y Miguel Ángel Quintana Paz.

Por tanto, la mirada del lector influirá de manera decisiva en los capítulos que se consideren más estimables. En mi caso quiero destacar los siguientes: el de Juan Milián sobre la retórica de la libertad, seguido del de “la era de las identidades” de Marco y Quintana Paz. A continuación, e íntimamente relacionado con el anterior, el texto de Guillermo Graño con su disección de la deriva del feminismo contemporáneo, seguido de una visión de la crisis europea de Javier Zarzalejos, y, finalmente, el de Jorge Martín Frías y su reflexión sobre las implicaciones de una constitución liberal en el mundo de la política.

Juan Milián, antiguo diputado del Partido Popular en Cataluña, elabora un texto sintético donde detecta algunos de los principales problemas que enturbian la

política contemporánea, como son el predominio de las emociones sobre la razón, la generalización de la ansiedad y de la percepción de derrota a las que las clases medias occidentales se están enfrentando en este mundo globalizado, la polarización de nuestra ciudadanía (que lleva aparejada una negación de la reflexión en favor del predominio de las pasiones) o la hegemonía de las políticas de la identidad. En este mundo “líquido” o posmoderno estas han ocupado un espacio hegemónico en la política de las democracias occidentales. Milián parece reivindicar la retórica del republicanismo cívico (más bien del neorepublicanismo de Petit y Skinner) con su añoranza de las virtudes cívicas, que poco tiene que ver con la tradición liberal (y pienso fundamentalmente en el Benjamin Constant que me descubrió mi maestro y teórico político, Ángel Rivero) y un liberal-conservadurismo en el que insertaría a Ronald Reagan. Ambas aproximaciones traslucen cierta nostalgia por un mundo pasado que no va a volver y donde las certidumbres ideológicas eran mayores (en el mundo de la Guerra Fría todo demócrata sabía que su identidad política pasaba por ser anticomunista y

por defender al “bloque occidental”).

Por otra parte, preclaros son en su análisis los profesores José María Marco y Miguel Ángel Quintana Paz, pues en su capítulo dedicado a “la era de las identidades” se puede encontrar un diagnóstico y un recorrido histórico bien documentado y referenciado sobre cómo estas pasaron de convertirse en un juguete de las élites académicas y universitarias en los años 70 (herencia del infausto Mayo del 68), a determinar la política de las democracias occidentales y, más específicamente, a infiltrar sus postulados en una izquierda absolutamente desnortada tras el fracaso del “socialismo real”, y por ello necesitada de un nuevo sujeto revolucionario colectivo que pasó del proletariado o clase trabajadora a todo tipo de “minorías” (raciales, nacionales o subnacionales, de género y de orientación sexual). Marco y Quintana Paz aciertan al ver en Marcuse el símbolo que facilitó la transición, en el mundo de la izquierda, de la ortodoxia marxista al mundo de las identidades múltiples o multicultural.

Para ambos autores, durante los siglos XIX y XX (hasta mayo del 68 y la crisis del modelo socialdemócrata de estado de

bienestar, cifrada en 1973), el mundo occidental estaba dominado por unas identidades sólidas como la ciudadanía o la nación. Sin embargo, a partir de la década de los 70, con la aceleración del proceso de globalización (que, para estos autores, lleva aparejada una “uniformización” del mundo y la desestabilización del equilibrio que se mantenía en Occidente entre la tríada religión-Estado-sociedad) se quiebra el ideal universal de la ciudadanía y, a partir de entonces, se concibe la vía de acceso al mundo de la política y de lo público como el de la afirmación de la identidad particular del individuo.

Este cambio, también percibido en el capítulo del profesor Grañó, supone el final de la separación liberal entre la esfera pública (asociada a lo político y al mundo de la política) y la privada (libre de politización) y que implicó la popularización del eslogan feminista de “lo personal es político”. Así, en la actualidad vivimos en la era no solo de la identidad, sino de la politización constante de cada aspecto de la realidad de los individuos.

En esta línea, en la que anteriormente publicaron libros Mark Lilla (*El regreso liberal*) o

Francis Fukuyama (*Identidad*) aparecería el correlato de las políticas de la identidad de la izquierda como es el populismo o nacionalpopulismo de la derecha contemporánea (de Trump a Le Pen pasando por Orban, Bolsonaro, etc.), que aplicaría lo que los autores llaman “la estrategia del espejo”. Esta consiste en oponer a este nuevo mundo identitario las identidades olvidadas o tradicionales a las que Marco y Quintana Paz hacen referencia al principio y que, en nuestro país, se circunscriben a la reivindicación de la nación española (de una manera que, según Martín Frías, se aleja del patriotismo constitucional ideado por el último gran filósofo de la socialdemocracia como es Jürgen Habermas) y a la crítica de las teorías de género.

El profesor Grañó, en un capítulo que hereda este hilo común de la “era de la identidad”, se centra en la historia del feminismo y de los movimientos para conseguir la igualdad de derechos que comienzan con los textos del francés Poulain de la Barre. Sin embargo, lo que el teórico político de la Universidad Francisco de Vitoria pretende mostrarnos es que el feminismo hace mucho que se desligó de ese

mundo o del mundo de John Stuart Mill, y ha terminado por convertirse en un nuevo tipo de radicalismo contemporáneo que utiliza el discurso sobre “los derechos” para tratar de limitar no solo el pluralismo político de las sociedades liberales occidentales, sino, en nombre de estas, sustraer del debate público y acusar de intolerante a cualquiera que ose cuestionar alguno de sus dogmas.

Este hilo conductor de los problemas derivados de la “edad de las identidades” también se deja sentir en el ámbito europeo, como bien acierta a percibir Javier Zarzalejos. El también eurodiputado nos traza una historia de la Unión centrada en la crisis existencial provocada por el desafío británico (inglés, según el autor) del *brexít*. Este no sería más que el último de los efectos que habría tenido que sufrir la UE por la crisis del orden liberal internacional que, además, estaría arrebatándole la escasa legitimidad democrática que esta había conseguido ostentar (legitimidad de ejercicio).

Finalmente, en el último de los capítulos que quiero destacar del libro, Jorge Martín Frías hace un sucinto repaso sobre las implicaciones que el marco constitucional tiene para el

desarrollo de la política democrática en España. Citando a teóricos como Daniel Bell y su “final de las ideologías” o haciendo una referencia velada a filósofos como Michael Oakeshott y su “racionalismo en política”, Frías destaca que uno de los grandes aciertos de las constituciones liberales es el de armonizar el concepto de bien común con el pluralismo político de la sociedad y, en el caso de la Constitución española de 1978, que esta se realizara con un elevado nivel de consenso. Además, considera que uno de los grandes errores de nuestra Carta Magna fue la inclusión del término nacionalidades. Para Frías (ese es el motivo que explica sus constantes referencias a Julián Marías), las élites políticas e intelectuales españolas habrían abandonado la defensa de la nación y, a través de la inclusión de dicho concepto habrían contribuido al desarrollo de los movimientos que, en la actualidad, plantean abiertamente la secesión del Estado y, por tanto, la destrucción de la misma España.

Este sería, junto a la aceptación (por temor a la desaprobación de la izquierda) del patriotismo constitucional habermasiano, uno de los grandes

errores en los que habrían incurrido los responsables del centroderecha español.

Con todo, si el liberalismo conservador quiere tener un futuro, va a tener que enfrentarse (y triunfar) al desafío planteado por un “nacionalismo periférico” que, en el caso de Cataluña, ha dado pie a un separatismo sin complejos, y cuyas posiciones gozan de un prestigio intelectual y moral entre una izquierda como la española, cuyo antiliberalismo le ha llevado a despreciar profundamente a la nación española como elemento de integración y de concordia y, por otra parte, va a tener que plantear un proyecto nacional propio que lo sustraiga de ser la mera comparsa de las políticas disgregadoras de esta izquierda. Por el momento y, aunque los autores no expresen ninguna opinión en este sentido, parece que en España hay una derecha que ha decidido adoptar la estrategia del espejo y otra que, aunque se reclame heredera del liberal-conservadurismo, ejerce como mera comparsa de la izquierda.

EMILIO DANIEL VILLARREAL



Le monde selon Tocqueville

Combats pour la liberté

NICOLAS **BAVEREZ**

Tallandier. París, 2020. 336 páginas.

Nicolas Baverez está considerado como un gran especialista del pensamiento y la obra de Raymond Aron, y en cierto modo viene a ser su continuador. Representa un liberalismo que siempre ha sido minoritario al otro lado de los Pirineos. Aron fue un “espectador comprometido” durante los años de la Guerra Fría, un solitario que aún creía en los valores de la Ilustración cuando los intelectuales franceses se entregaban de modo acrítico al marxismo y al posmodernismo. Pero años antes que Aron existió Alexis de Tocqueville (1805-1859), un precedente del propio Aron en muchos sentidos. Tocqueville se anticipó a muchos

hechos que sucederían en el siglo XX, si bien el libro de Baverez, *Le monde selon Tocqueville*, pretende demostrar, y lo consigue, que también se anticipó al siglo XXI. Este libro está lejos de ser una mera antología de textos cuidadosamente seleccionados. Está precedido de una detallada introducción biográfica, a la que sigue la selección de textos, clasificados por temas, pero sobre todo comentados de forma breve e incisiva.

Más de una vez podríamos pensar qué sucedería si los políticos leyeran a Tocqueville. Es una idea que surge tras la lectura de la obra, y que Baverez también ha llegado a recomendar a Macron en uno de sus artículos para *Le Figaro*. Sin embargo, creo que no es fácil que un político en activo saque enseñanzas aplicables del pensamiento de Tocqueville. Los condicionantes de un gobernante en una época en que la política se está reduciendo al arte, que no a la ciencia, del *marketing*, impiden que la mayoría de las propuestas tocquevillianas tengan eco en la opinión pública. No es extraño porque Tocqueville sintió en sus carnes la soledad política y la incompreensión. Procedía de una familia aristocrática perseguida durante la Revolución francesa, si bien no compartía los ideales del